

Leer es mi cuento 14

Romeo y Julieta

WILLIAM SHAKESPEARE

Versión de Charles y Mary Lamb



Lee
es
mi
cuento
14

Romeo y Julieta

WILLIAM SHAKESPEARE

Versión de Charles y Mary Lamb

 MINEDUCACIÓN

 MINCULTURA



de
cer
o
Siempre

 TODOS POR UN
NUEVO PAÍS
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN



Ministerio de Cultura de Colombia

Mariana Garcés Córdoba
Ministra de Cultura

Ministerio de Educación Nacional

Gina Parody d'Echeona
Ministra de Educación

• • •

AUTOR

William Shakespeare

Versión de Charles y Mary Lamb

Editor

Iván Hernández

Coordinadora editorial

Laura Pérez

Ilustrador

Daniel Gómez

Comité editorial

Consuelo Gaitán

Iván Hernández

Jorge Orlando Melo

Moisés Melo

José Zuleta

• • •

Primera edición, 2016

ISBN: 978-958-8959-06-1

Material de distribución gratuita.

*Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al
Ministerio de Cultura; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará
únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.*

Agradecemos solicitar el permiso escribiendo a: literaturaylibro@mincultura.gov.co

Impreso en abril de 2016

Impreso por: Imprenta Nacional de Colombia



Romeo y Julieta

WILLIAM SHAKESPEARE

(Versión de Charles y Mary Lamb)



Las dos familias principales de Verona eran los ricos Capuleto y los Montesco. Entre esas dos familias existía una antigua discordia, que había crecido hasta tal punto, y tan mortal era la enemistad entre ellas, que con el tiempo se extendió a los parientes más remotos, a los partidarios y los criados de los dos bandos, de tal manera que un sirviente de la casa de los Montesco no podía encontrar un sirviente de la casa de los Capuleto, ni un Capuleto podía encontrarse por azar con un Montesco, sin que aquello provocara un intercambio de palabras violentas e incluso derramamiento de sangre. Y eran tan frecuentes las riñas que resultaban de estos encuentros casuales, que perturbaban la feliz tranquilidad de las calles de Verona.

El anciano señor Capuleto ofreció una gran cena, a la cual fueron invitadas muchas hermosas damas y muchos nobles caballeros. Todas las bellezas más admiradas de Verona estaban presentes, y todos aquellos que llegaban eran bienvenidos, siempre y cuando no fuesen allegados a la casa de los Montesco. En esta fiesta de Capuletos se encontraba también Rosalina, de quien se había enamorado Romeo, hijo del anciano señor Montesco; y aunque era muy peligroso para un Montesco ser visto en tal reunión, Benvolio, amigo de Romeo, persuadió al joven noble de asistir a la fiesta disfrazado con una máscara, para que así pudiese ver a su Rosalina, y compararla con algunas de las más selectas bellezas de Verona, quienes (así le dijo) le harían pensar que su bello cisne más parecía una urraca. Romeo tenía poca fe en las palabras de Benvolio; no obstante, por el amor de Rosalina se dejó convencer. Y es que Romeo era un amante sincero y apasionado, alguien que perdía el sueño por amor y rehuía la compañía de los demás por estar solo, pensando en Rosalina, quien lo desdeñaba, y nunca había correspondido a su devoción con la menor muestra de afecto o cortesía. Benvolio deseaba curar a su amigo de aquel amor, haciéndole ver mucha gente y una diversidad de damas.

Fue así como a esta fiesta de Capuletos acudió Romeo con una máscara, acompañado de Benvolio y de Mercutio, amigo de ambos. El viejo Capuleto les dio la bienvenida y les dijo que todas las damas que no tuviesen callos en los dedos de los pies bailarían con ellos. El anciano, que estaba jovial y festivo, agregó que también él había usado una máscara cuando era joven, y que había sido muy capaz de susurrar palabras lisonjeras al oído de una bella dama. Comenzó la danza, y de repente Romeo se sintió conmovido por la hermosura excepcional de una joven que allí bailaba, que a su parecer era capaz de brillar más que la luz de las antorchas, y cuya belleza relucía en la noche como una valiosa joya usada por un africano: una belleza excesiva para ser contemplada por ojos mortales, ¡de la cual la tierra misma era indigna! Como una blanca paloma que se pasea entre cuervos, a tal punto su belleza y perfección resplandecían por encima de los atributos de las damas a su alrededor. Mientras murmuraba estos elogios, alcanzó a ser escuchado por Teobaldo, sobrino del anciano Capuleto, quien por la voz reconoció a Romeo. Y este Teobaldo, que era de temperamento feroz e impetuoso, no pudo soportar que un Montesco se hubiese colado encubierto por una máscara a hacer burla y desprecio (según dijo) de sus ocasiones solemnes. Tronó y vociferó y hubiera querido dar muerte en el acto al joven Romeo. Pero su tío, el anciano señor Capuleto, no estaba dispuesto a tolerar que se le causara daño alguno en aquél momento, tanto por el respeto que tenía por todos sus huéspedes, como por el hecho de que Romeo siempre se



había portado como un caballero a carta cabal, y todas las lenguas de Verona lo elogiaban como joven mesurado y virtuoso. Teobaldo, obligado a ser paciente contra su voluntad, se contuvo, pero juró que en otra ocasión aquel ruin Montesco pagaría cara su intrusión.

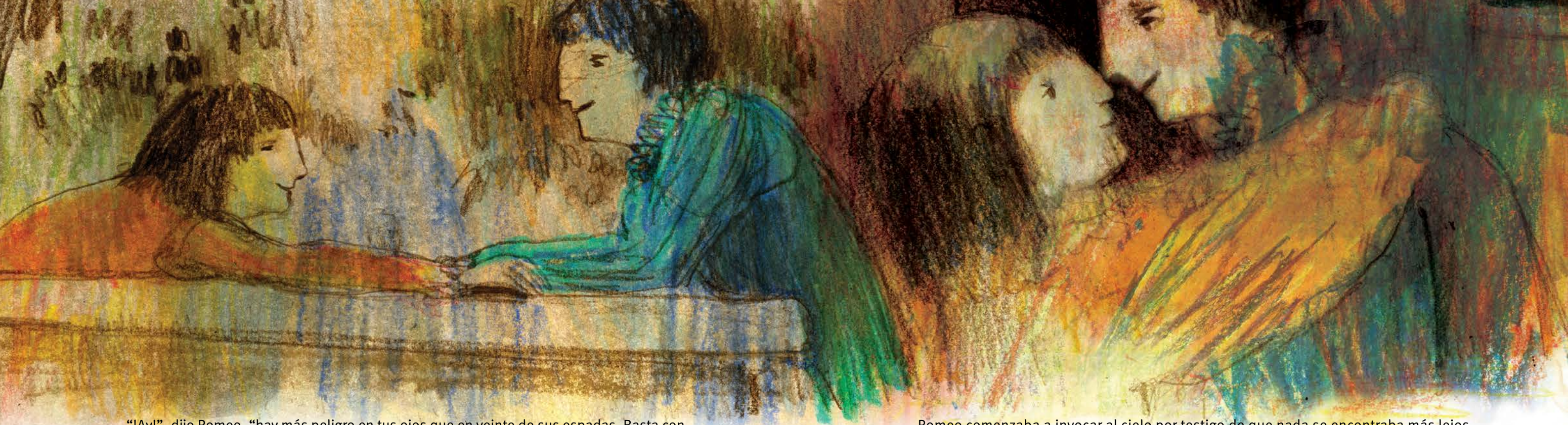
Terminado el baile, Romeo observó el sitio donde se encontraba la dama que cautivó su atención, y amparado por la máscara, que podría disculpar en parte su osadía, se atrevió de la manera más gentil a tomarla de la mano; llamó a aquella hermosa mano una capilla, y dijo que si al tocarla la profanaba, entonces sería un peregrino avergonzado, que la besaría en señal de expiación. “Buen peregrino”, le respondió la dama, “su devoción me parece respetuosa y cortés en demasía: los santos tienen manos que los peregrinos pueden tocar, pero no besar”. “¿Acaso los santos no tienen labios y los peregrinos también?”, preguntó Romeo. “Sí”, replicó la dama; “labios para la oración”. “¡Ah!, entonces mi querida santa”, dijo Romeo, “escuche mi ruego, y concédame lo que pido, que si no caeré en el desespero”. En tales alusiones y requiebros amorosos estaban enzarzados cuando la dama fue llamada por su madre.

Al preguntar Romeo quién era la madre, descubrió que la dama cuya belleza incomparable le había herido era la joven Julieta, hija y heredera del señor Capuleto, el gran enemigo de los Montesco; y que así había entregado inadvertidamente su corazón a su enemiga. A pesar de que esto le causó desasosiego, no logró disuadirlo de amarla. E igualmente intranquila quedó Julieta cuando descubrió que el caballero con quien había estado hablando era Romeo, un Montesco, pues había sido súbitamente golpeada con la misma pasión impetuosa e irreflexiva que Romeo había concebido por ella; y le pareció una ironía del amor que ahora debiese amar a su enemigo, y que sus afectos se asentaran en aquel a quien, según todas las consideraciones de su familia, debía odiar más que a cualquier otro.

Siendo medianoche, Romeo y sus compañeros partieron; pronto los otros dos lo perdieron de vista, pues incapaz de alejarse del lugar en el que había dejado su corazón, Romeo escaló el muro de un huerto que se encontraba detrás de la casa de Julieta. No había pasado allí mucho tiempo pensando en su nuevo amor, cuando Julieta apareció en una

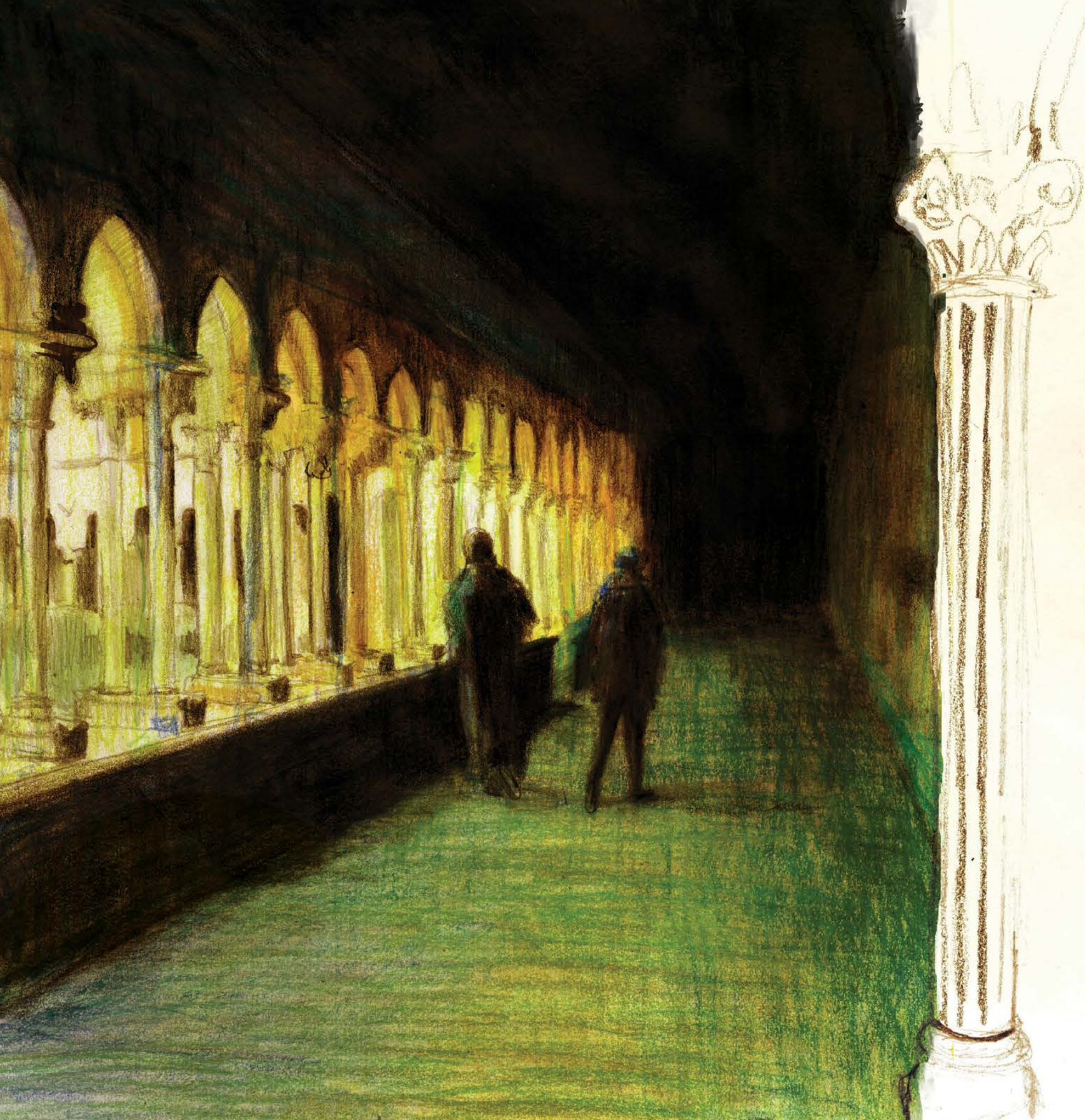
ventana, desde la cual su fulgurante belleza parecía irrumpir como la luz del sol en el oriente; y la luna, que en aquel momento brillaba en el huerto con una tenue luz, le pareció a Romeo lánguida y enfermiza ante el resplandor mucho mayor de aquel nuevo sol. Y al ver que Julieta apoyaba la mejilla en una mano, Romeo deseó ardientemente ser un guante para tocar esa mejilla. Entretanto, Julieta, que creía estar sola, dejó escapar un suspiro y exclamó: “¡Ay de mí!”. Romeo, embelesado al escuchar aquella voz, murmuró suavemente, sin que ella lo escuchase: “Oh, habla de nuevo, ángel rutilante, porque tal me pareces, allí en lo alto, como mensajero alado del cielo ante el cual se postran los mortales para contemplarlo”. Ella, sin saber que era oída, y llena de la nueva pasión nacida de la aventura de esa noche, llamó por su nombre a su amado (creyéndolo ausente): “¡Oh, Romeo, Romeo!”, dijo; “¿por qué eres Romeo? Reniega de tu padre y de tu apellido por mí; o si no quisieras hacerlo, júrame amor y por ti dejaré de ser una Capuleto”. Reforzados sus sentimientos por esas palabras, Romeo de buena gana habría hablado, pero deseoso de oír más se contuvo, y la dama continuó su apasionado soliloquio (pues tal creía), reprochando de nuevo a Romeo por ser Romeo y por ser un Montesco; deseando otro apellido para él, o que abandonase aquel odiado apellido, y que a cambio de aquello, que no hacía parte de su persona, la tomase a ella toda entera. Ante este testimonio de amor, Romeo no pudo contenerse más, y entrando en el diálogo como si las palabras hubiesen sido dirigidas personalmente a él, y no solo como parte de una conversación imaginaria, le propuso que lo llamara por el nombre de Amor, o por cualquier otro nombre que le agradase, pues él ya no era Romeo, si aquel nombre le disgustaba. Julieta, alarmada al escuchar una voz de hombre en el jardín, al principio no supo quién era el que al amparo de la oscuridad de la noche había descubierto su secreto. Pero cuando él volvió a hablar, y aunque los oídos de Julieta todavía no habían libado ni cien palabras pronunciadas por aquellos labios (tal es la agudeza del oído cuando se ama), supo de inmediato que era el joven Romeo, y lo reprendió por el peligro al que se exponía al escalar el muro del huerto; pues si cualquiera de sus parientes descubría allí a Romeo, un Montesco, le harían pagar con la vida su atrevimiento.





“¡Ay!”, dijo Romeo, “hay más peligro en tus ojos que en veinte de sus espadas. Basta con que me mires amorosamente, bella dama, y quedará a prueba de su enemistad. Prefiero que mi vida se extinga por aquel odio, a prolongar sin tu amor una vida odiosa”. “¿Cómo llegaste hasta este sitio?”, preguntó Julieta; “¿y quién te guió?”. “El amor me guió”, respondió Romeo. “No soy un navegante, pero si estuvieras tan distante de mí como la playa que baña el Océano más lejano, yo me aventuraría en busca de tal tesoro”. El rubor cubrió de carmín el rostro de Julieta (sin que Romeo pudiese verlo a causa de la noche), al detenerse un instante a recordar la revelación que inadvertidamente había hecho de su amor por Romeo. Habría querido que aquellas palabras regresaran de vuelta a sus labios, pero aquello ya era imposible. Y habría querido recobrar sus modales, y mantener a distancia a su enamorado, como es costumbre de las damas discretas; que fruncen el ceño y se portan de manera perversa, dando a sus admiradores duras negativas en un principio, y luego se alejan afectando timidez o indiferencia, por más amor que sientan; de manera que los hombres no las juzguen demasiado ligeras ni fáciles, ya que la dificultad de la conquista parece aumentar el precio de la victoria. Pero en el caso de Julieta no había lugar para negativas ni evasivas ni ninguna de las habituales artes del aplazamiento. Y es que Romeo había escuchado de sus propios labios, cuando ella ni se habría imaginado que él estaba cerca, la confesión de su amor. De manera que con franca honestidad, excusable por la situación tan insólita, le confirmó la veracidad de lo que había escuchado antes, y dirigiéndose a él como “hermoso Montesco” (el amor puede endulzar el nombre más amargo), le imploró que no atribuyese la facilidad de su entrega a ligereza de carácter o a una mente indigna; que más bien atribuyera la falta (si es que la había) a la accidentada noche que de manera tan fortuita había dejado al descubierto sus pensamientos. Y añadió que si bien su conducta podría parecer poco prudente, de medirse según las costumbres que se esperaban de su sexo, ella demostraría ser más leal y verdadera que muchas mujeres cuya prudencia no es sino un disimulo y cuya modestia no es más que un ardid.

Romeo comenzaba a invocar al cielo por testigo de que nada se encontraba más lejos de sus pensamientos que tener una sombra de duda acerca de la honestidad de una dama tan honorable, cuando ella lo interrumpió, pidiéndole que no hiciera juramentos, pues si bien estaba feliz con su presencia, no lo estaba con un compromiso de amor aquella misma noche: era demasiado brusco, demasiado irreflexivo, demasiado repentino. Mas como él insistiera en que intercambiaran votos de amor esa misma noche, ella respondió que el suyo ya se lo había dado antes de que él se lo pidiese (aludiendo al momento en que él la escuchó por azar en medio de su confesión de amor), pero que de buen grado se retractaría de lo que le había concedido, solo por el placer de otorgárselo de nuevo; pues su generosidad, como el mar, no tenía límites, y su amor era igual de profundo. En medio de este amoroso diálogo, Julieta fue llamada por su ama de llaves, que dormía en el cuarto con ella, y juzgaba que ya era hora de que la joven estuviera en cama, pues no faltaba mucho para el alba. Julieta se retiró, pero en seguida regresó presurosa y dijo a Romeo tres o cuatro palabras más, para expresarle que si su amor era de verdad honorable y su propósito era el matrimonio, entonces ella le enviaría al día siguiente un mensajero con objeto de señalar la hora de la boda; entonces ella depositaría a los pies de su amado toda su fortuna, y lo seguiría como a su señor por todo el mundo. Mientras acordaban este punto, Julieta fue llamada repetidamente por su nodriza; Julieta entró pero volvió a salir; y entró y volvió a salir de nuevo, pues se sentía tan celosa de la partida de Romeo como una niña que juega con su ave, a la que deja revolotear un poco y soltarse de su mano, pero la trae de vuelta con el hilo de seda del que la tiene atada. Romeo estaba tan reacio como ella a separarse, pues la música más dulce para los enamorados es el sonido de la voz del otro en medio de la noche. Pero al fin se despidieron, deseándose felices sueños y buen reposo.



Cuando se separaron ya estaba amaneciendo; Romeo, incapaz de dormir pues su mente estaba llena de pensamientos de su amada y del venturoso encuentro, en lugar de regresar a casa dirigió sus pasos hacia un monasterio cercano para buscar a fray Lorenzo. El buen fraile, que estaba ya en pie entregado a sus devociones, al ver al joven Romeo por aquellos lares a tan temprana hora conjeturó, y con razón, que aquella noche no se habría acostado, y que alguna fiebre de los afectos juveniles lo había mantenido despierto. Razón tenía en atribuir la vigilia de Romeo al amor, pero erraba al suponer que su amor por Rosalina era la causa. Y cuando Romeo le reveló su nueva pasión por Julieta y solicitó la ayuda del fraile para casarlos aquel mismo día, el religioso alzó al cielo los ojos y las manos en señal de asombro por el repentino cambio en los afectos del joven, pues había sido el confidente del amor de Romeo por Rosalina y de las muchas quejas por su desdén; y entonces le dijo que el amor de los hombres jóvenes no residía verdaderamente en sus corazones sino en sus ojos. Pero cuando Romeo respondió recordándole que el propio fray Lorenzo a menudo le había reprendido por fijar toda su atención en Rosalina, quien no correspondía a su amor, en tanto que Julieta lo amaba y era amada, el fraile empezó a ceder en parte, al tiempo que reflexionaba que una alianza matrimonial entre la joven Julieta y Romeo podría ser la manera de poner final feliz a la prolongada discordia entre los Capuleto y los Montesco; discordia que nadie lamentaba más que él mismo, ya que era amigo de ambas familias y con frecuencia, aunque en vano, había ofrecido su mediación para reconciliarlos. Movidio en parte por esta consideración, y en parte por el cariño que le tenía al joven Romeo, a quien era incapaz de negarle nada, el joven sacerdote aceptó bendecir su matrimonio.

Ahora sí que Romeo se sentía de verdad bendecido, y Julieta, advertida de aquellas intenciones por el mensajero que había despachado según su promesa, no tardó en acudir a la celda de fray Lorenzo, donde fueron unidos en santo matrimonio. El buen fraile rogó a los cielos que aprobaran con beneplácito aquel acto, para que la unión de este joven Montesco y esta joven Capuleto enterrase la vieja disputa y las prolongadas desavenencias entre las dos familias.

Concluida la ceremonia, Julieta se apresuró de vuelta a casa, donde esperó impaciente la llegada de la noche, momento en que Romeo, según le había prometido, vendría a encontrarla en el huerto, donde habían hablado la noche anterior. El tiempo que transcurría le parecía tan interminable como la víspera de alguna gran fiesta para un niño que espera ansioso la llegada de la mañana para estrenar sus ropas nuevas.

Aquella misma mañana, poco antes del mediodía, mientras Benvolio y Mercucio, los amigos de Romeo, paseaban por las calles de Verona, se toparon con un grupo de Capuletos encabezados por el impetuoso Teobaldo. Era este el mismo irascible Teobaldo que quiso enfrentarse a Romeo en la fiesta del anciano Capuleto. Al ver a Mercucio, lo acusó pendencieramente de asociarse con Romeo, un Montesco. Mercucio, quien tenía la sangre tan ardiente y tan joven como el propio Teobaldo, respondió a la acusación con similar rudeza, y a pesar de que Benvolio intentó moderar la ira de ambos, ya empezaba la riña cuando el furioso Teobaldo vio a Romeo que en ese momento pasaba por allí, y olvidándose de Mercucio se volvió hacia él llamándolo por el vergonzoso apelativo de “villano”. Romeo deseaba a toda costa evitar una riña, más con Teobaldo que con cualquier otro hombre sobre la tierra, por ser primo de Julieta y muy estimado por ella. Además, este joven Montesco nunca se había inmiscuido de veras en las discordias familiares, siendo por naturaleza prudente y gentil, y aquel apellido de Capuleto, que era el de su amada esposa, era ahora para él más un talismán para apaciguar los resentimientos que una consigna para desencadenar la ira.

Así pues, intentó ser razonable con Teobaldo, a quien saludó dulcemente como “noble Capuleto”, como si él, a pesar de ser un Montesco, encontrara algún placer secreto en pronunciar ese apellido. Pero Teobaldo, que odiaba a todos los Montesco tanto como odiaba la idea del fuego eterno, no estaba dispuesto a escuchar razón alguna y desenvainó la espada. Mercucio, que nada sabía del motivo secreto de Romeo para desear la paz con Teobaldo y consideraba su moderación en estas circunstancias como una especie de pusilánime e innoble sumisión, provocó a Teobaldo con una sarta de palabras desdeñosas instándolo a retomar su enfrentamiento inicial con él. Así que Teobaldo y Mercucio entraron en combate, hasta que Mercucio cayó herido al suelo, y recibió de su oponente la herida mortal cuando Romeo y

Benvolio se esforzaban en vano por separarlos. Al constatar que Mercucio yacía muerto, Romeo no pudo contener más su rabia, y esgrimió contra Teobaldo el mismo injurioso epíteto que de él había recibido, y entonces entraron en duelo hasta que Romeo dio muerte a Teobaldo.

Como esta mortífera reyerta tuviera lugar en las calles centrales de Verona a eso del mediodía, la noticia corrió rápidamente y en el lugar se congregó una multitud de ciudadanos, entre los cuales se contaban los señores Capuleto y Montesco y sus esposas. Poco después llegó en persona el príncipe de la ciudad, quien por ser pariente de Mercucio, a quien Teobaldo había dado muerte, y porque además la paz de su gobierno se había visto perturbada por estas continuas querellas entre los Montesco y los Capuleto, venía dispuesto a hacer cumplir la ley de la manera más estricta contra aquellos que resultaran culpables.

Benvolio, quien había sido testigo ocular de la riña, recibió la orden del príncipe de relatar el origen de esta, lo cual hizo, manteniéndose tan cerca de la verdad como le era posible sin incriminar a Romeo, atenuando y ofreciendo excusas por la participación de su amigo en los hechos. La señora Capuleto, cuyo dolor extremo por la pérdida de su pariente Teobaldo la impulsaba a pedir una venganza sin atenuantes, exhortó al príncipe a ejercer la más estricta justicia contra el asesino, y a no prestar atención a lo narrado por Benvolio, pues siendo este amigo de Romeo y del bando de los Montesco, contaba las cosas con parcialidad. De manera que argumentaba contra su Romeo, sin saber que era su yerno y el marido de Julieta. Del otro lado estaba la señora Montesco, suplicando por la vida de su hijo, y argumentando no sin razón que Romeo no había hecho nada digno de castigo al quitar la vida a Teobaldo, pues este ya era un proscrito de la ley al haber asesinado a Mercucio. El príncipe, indiferente a las exclamaciones apasionadas de estas dos mujeres, después de un cuidadoso examen de los hechos pronunció su sentencia, una implacable sentencia que desterraba a Romeo de Verona.



Penosas noticias para la joven Julieta, quien había sido esposa sólo durante un par de horas, y ahora por este decreto parecía quedar por siempre separada de su esposo. Cuando los rumores llegaron a sus oídos, en un principio montó en cólera contra Romeo por haber dado muerte a su querido primo: le llamó hermoso tirano, angélico demonio, cuervo disfrazado de paloma, lobo con entrañas de cordero, corazón de serpiente en un rostro florido, y otros nombres igualmente contradictorios, que denotaban el combate que se libraba en su mente entre el amor y el resentimiento. Pero al fin se impuso el amor, y las lágrimas que derramara porque Romeo había matado a su primo, se convirtieron en lágrimas de alegría porque su esposo, a quien Teobaldo había querido matar, estaba vivo. Vinieron luego nuevas lágrimas, y éstas eran todas de pena por el destierro de Romeo. La sola palabra destierro le parecía más terrible que la muerte de muchos Teobaldos.

Después del altercado, Romeo se refugió en la celda de fray Lorenzo, donde tuvo conocimiento de la sentencia del príncipe, que se le figuraba mucho más terrible que la muerte. Para él no parecía existir mundo fuera de los muros de Verona, y vivir sin ver a Julieta no era vivir. El cielo se encontraba donde estuviera Julieta; todo lo demás era purgatorio, tortura, infierno. El buen fraile habría querido aplicar a sus dolores el consuelo de la filosofía, pero el frenético joven no quería escuchar nada de aquello, y como un loco se mesaba los cabellos y se arrojaba una y otra vez al suelo para tomar, según decía, la medida de su sepulcro.

Sin embargo, fue arrancado de aquel estado de abatimiento y desesperación por un mensaje de su amada esposa, que le hizo recobrar por un momento los sentidos, hecho que aprovechó el fraile para reprenderle por la debilidad que exhibiera, tan poco digna de un hombre. Había dado muerte a Teobaldo, ¿pero acaso también iba a matarse a sí mismo y por lo tanto matar a su querida esposa, que solo vivía por él? El hombre, aquella noble criatura, le dijo el fraile, no era más que una figura de cera cuando le faltaba el valor que debía mantenerlo firme. La ley lo había tratado con indulgencia, ya que en lugar de la pena de muerte a la que podría haber sido condenado, de la boca del príncipe solo había salido una sentencia de destierro. Había matado a Teobaldo, pero Teobaldo podía haberlo matado a él, así que debía existir algún tipo de felicidad en ese hecho. Julieta estaba viva, y (contra toda esperanza) se había convertido en su querida esposa; solamente por ello tendría que ser el más feliz de los hombres. Todas estas bendiciones, a medida que el padre las enumeraba, Romeo las desdeñaba como si fuese una muchacha mimada y caprichosa. Fray Lorenzo le advirtió que tuviese mucho cuidado, pues los que se abandonan a la desesperación suelen morir de modo miserable.

Luego, cuando Romeo estuvo un poco más sereno, el religioso le aconsejó que aquella misma noche fuera a despedirse en secreto de Julieta, y que de allí partiera de inmediato a Mantua, donde debería permanecer hasta que el fraile encontrara la ocasión de hacer público su matrimonio, lo cual podría ser un pretexto jubiloso para que se reconciliaran las familias. Cuando aquello ocurriera, no tenía la menor duda de que el príncipe se inclinaría a perdonar a Romeo, y así podría regresar a casa con una alegría veinte veces mayor que el dolor con el que debía partir.





Aquella noche la pasó Romeo con su amada esposa, después de introducirse secretamente en su aposento desde el huerto en el que había escuchado su confesión de amor la noche anterior. Fue una noche de gozo y arrebató sin medida, a no ser porque los placeres de esa noche y el deleite que los amantes encontraban en los brazos del otro, iban disminuyendo a medida que se acercaba la hora de separarse y retornaba el recuerdo de los trágicos acontecimientos del día anterior. La nada bienvenida aurora pareció llegar demasiado pronto, y cuando Julieta escuchó el canto matinal de la alondra, hubiera querido persuadirse de que era el ruiseñor, que gusta de cantar en medio de la noche; pero la dolorosa verdad es que la que cantaba era la alondra, con una nota desagradable y discordante, según le pareció a Julieta. Poco después, los primeros resplandores del día que surgían por el oriente, fueron indicios también de que iba llegando la hora en que estos amantes debían separarse.

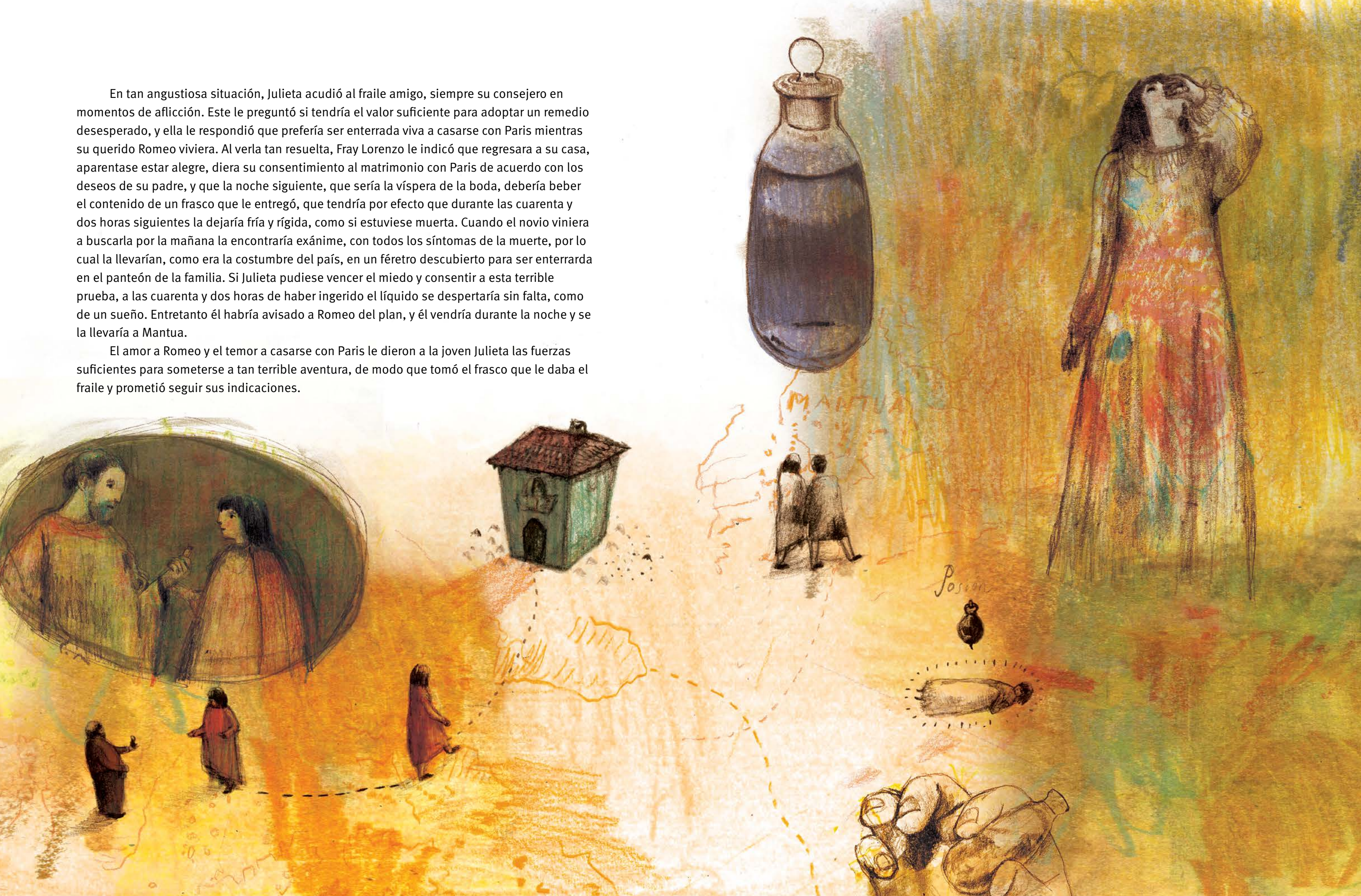
Romeo dejó a su querida esposa con el corazón acongojado, prometiendo escribirle desde Mantua cada hora del día. Y cuando descendió al huerto desde la ventana de su aposento, al verlo allá abajo, en el suelo, en aquel triste y premonitorio estado de espíritu en que se encontraba, a Julieta le pareció como si viera a Romeo muerto y yaciendo en una tumba. Por la mente de Romeo también cruzó en aquel momento un mal presagio, pero se vio obligado a marcharse a toda prisa pues sería para él una sentencia de muerte ser encontrado dentro de los muros de Verona después del amanecer.

Este era solo el inicio de la tragedia de este par de amantes malhadados. No habían pasado muchos días desde la partida de Romeo, cuando el anciano señor Capuleto propuso un esposo para Julieta. El pretendiente que había elegido para ella, sin siquiera soñar que ya estaba casada, era el conde Paris, joven apuesto, rico y noble caballero a quien Julieta no habría despreciado de no haber conocido antes a Romeo.

Aterrorizada ante la propuesta de su padre, Julieta se encontró en la más triste perplejidad. Alegó que era demasiado joven para casarse, que la reciente muerte de Teobaldo había dejado su espíritu demasiado frágil como para exhibir un rostro alegre ante el futuro marido, que sería indecoroso para la familia Capuleto celebrar una fiesta nupcial cuando las ceremonias funerales apenas terminaban de pasar: empleó pues todas las razones posibles para tratar de disuadir a su padre de aquella unión, excepto la verdadera, es decir, que ya era una mujer casada. Pero el señor Capuleto prestó oídos sordos a todas sus excusas, y de manera perentoria le ordenó que se fuese preparando pues el jueves siguiente se casaría con Paris, y que habiendo encontrado para ella un marido rico, joven y noble, que aceptaría de buen grado la más orgullosa doncella de Verona, él no iba a tolerar que a causa de un recato fingido (como él interpretaba aquella negativa), interpusiese ella obstáculos a su propia buena fortuna.

En tan angustiosa situación, Julieta acudió al fraile amigo, siempre su consejero en momentos de aflicción. Este le preguntó si tendría el valor suficiente para adoptar un remedio desesperado, y ella le respondió que prefería ser enterrada viva a casarse con Paris mientras su querido Romeo viviera. Al verla tan resuelta, Fray Lorenzo le indicó que regresara a su casa, aparentase estar alegre, diera su consentimiento al matrimonio con Paris de acuerdo con los deseos de su padre, y que la noche siguiente, que sería la víspera de la boda, debería beber el contenido de un frasco que le entregó, que tendría por efecto que durante las cuarenta y dos horas siguientes la dejaría fría y rígida, como si estuviese muerta. Cuando el novio viniera a buscarla por la mañana la encontraría exánime, con todos los síntomas de la muerte, por lo cual la llevarían, como era la costumbre del país, en un féretro descubierto para ser enterrada en el panteón de la familia. Si Julieta pudiese vencer el miedo y consentir a esta terrible prueba, a las cuarenta y dos horas de haber ingerido el líquido se despertaría sin falta, como de un sueño. Entretanto él habría avisado a Romeo del plan, y él vendría durante la noche y se la llevaría a Mantua.

El amor a Romeo y el temor a casarse con Paris le dieron a la joven Julieta las fuerzas suficientes para someterse a tan terrible aventura, de modo que tomó el frasco que le daba el fraile y prometió seguir sus indicaciones.

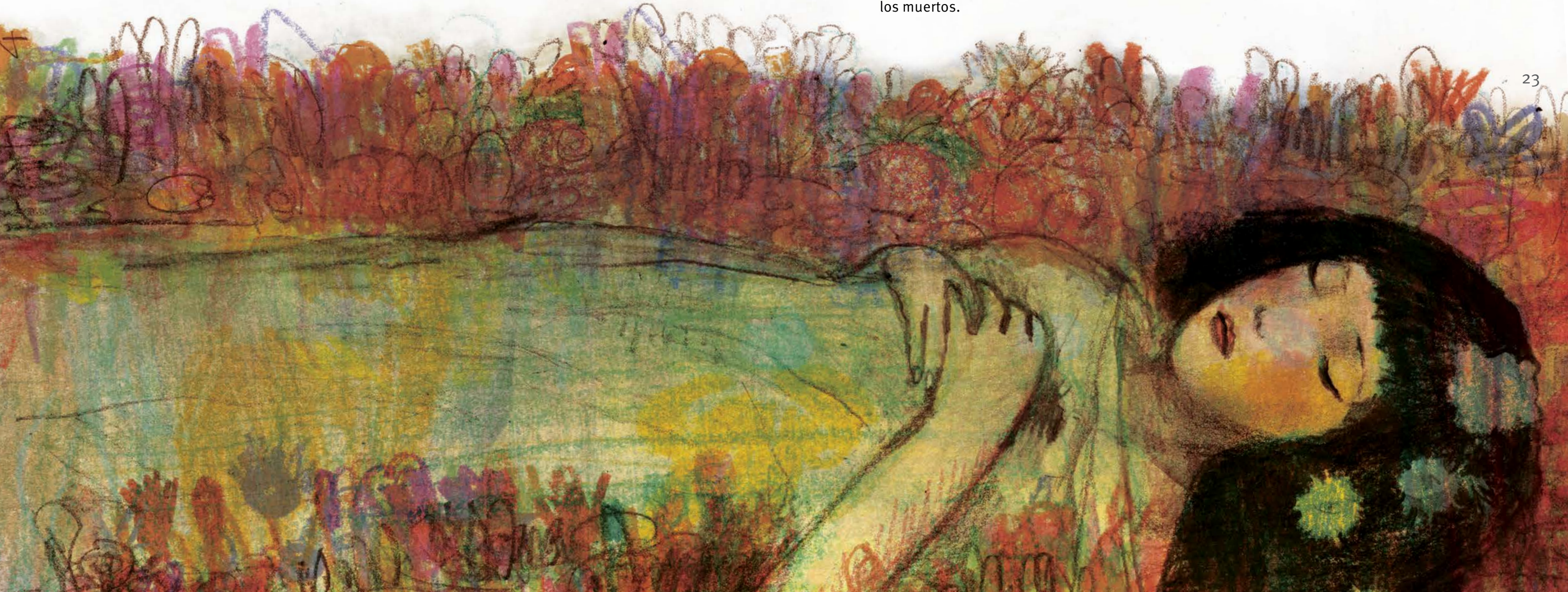


De regreso del monasterio se encontró con el joven Paris, y con recato fingido le prometió que sería su prometida. Estas fueron gozosas nuevas para el señor Capuleto y su esposa. La noticia pareció infundir juventud en el anciano, y Julieta, quien lo había contrariado en extremo con su negativa a casarse con el conde, ahora que de nuevo le obedecía volvió a ser su adorada y consentida hija. Todo en la casa se alborotó a causa de la próxima boda. No se escatimó en gastos para la preparación del evento, que habría de ser un festival como Verona jamás había presenciado.

El miércoles por la noche Julieta tomó la poción. Tuvo muchos recelos de que quizás el fraile, para evitar la culpa que se le imputaría por haberla casado con Romeo, le hubiera dado un veneno, pero pesó más el hecho de que el religioso siempre había sido un hombre santo. Luego la asaltó el miedo de despertarse antes de que Romeo llegara a buscarla y el terror de perder la razón al encontrarse en aquel sitio, un mausoleo lleno de huesos de Capuletos muertos, y donde Teobaldo, todavía sangriento, yacería en su mortaja; también volvió a pensar en todas las historias que había escuchado sobre espíritus que merodean por los sitios en que sus cuerpos fueron depositados. Pero luego su amor por Romeo y su aversión por Paris regresaron, y entonces de un trago desesperado engulló el brebaje y quedó insensible.

Cuando a la mañana siguiente llegó el joven Paris a despertar con música a su prometida, en lugar de una Julieta viva, el aposento nupcial presentaba el terrible espectáculo de un cuerpo inanimado. ¡Qué golpe fatal a sus esperanzas! ¡Qué confusión se apoderó de toda la mansión! El desdichado Paris lloraba a su prometida, de quien lo había privado la detestable muerte, divorciándolo de ella incluso antes de que sus manos se unieran. Pero aun más doloroso era escuchar los lamentos del señor Capuleto y de su esposa; no tenían más que aquella única hija, aquella amadísima niña que era toda su alegría y su consuelo, y de repente la muerte cruel la apartaba de su vista, justo cuando estaban a punto de ver su gran avance (según creían ellos) con un casamiento promisorio y ventajoso.

Todo lo que estaba preparado para la fiesta matrimonial debió cambiar de destino y servir para el lúgubre funeral. El banquete nupcial se transformó en banquete fúnebre, los himnos conyugales se trocaron en apesadumbrados cantos mortuorios, los instrumentos de baile en melancólicas campanas, y las flores que deberían haberse esparcido por el sendero que recorrería la novia, servían para adornar el féretro. Ahora, en lugar de un sacerdote para desposarla, se requería uno para su funeral, y de hecho Julieta sí fue a la iglesia, pero no para aumentar las alegres esperanzas de los vivos, sino para engrosar el triste número de los muertos.



Las malas noticias siempre viajan más de prisa que las buenas. A oídos de Romeo en Mantua llegó la noticia de la muerte de Julieta antes de que arribara el mensajero enviado por fray Lorenzo para avisarle que estos eran tan solo funerales ficticios, nada más que una sombra y una pantomima de la muerte, y que su querida esposa yacía en la tumba tan solo por un corto espacio, a la espera de que él viniese a liberarla de aquella morada tétrica. Instantes atrás Romeo se encontraba inusualmente alegre y despreocupado. La noche anterior había soñado que estaba muerto (extraño sueño aquel, que permitía a un cadáver estar pensando), y que su amada llegaba, y al encontrarlo muerto le insuflaba tanta vida con sus besos en los labios, que él resucitaba y pasaba a ser un emperador. Y cuando el portador de la mala nueva llegó de Verona creyó Romeo que seguramente venía a confirmarle buenas noticias, tal como sus sueños habían presagiado. Pero cuando se confirmó lo contrario de aquella visión lisonjera, pues quien de hecho estaba muerta era su amada, a quien él no podría resucitar por más besos que le diera, ordenó ensillar caballos, determinado a visitar Verona aquella misma noche y ver a su esposa en la tumba.

Como la insensatez es rauda para entrar en los pensamientos de los hombres desesperados, se acordó de un pobre boticario por cuya tienda en Mantua había pasado pocos días antes, y por la miserable apariencia del hombre, que parecía hambreado, y el miserable aspecto de su botica, repleta de cajas vacías acomodadas en sucios estantes, así como por otras señales de miseria extrema, Romeo se había dicho en aquella ocasión (tal vez asaltado por algún presagio de que su propia vida desastrada podría llegar a un final tan desesperado): “Si un hombre necesitara un veneno, cuya venta la ley castiga en Mantua con la pena de muerte, aquí vive un hombre tan miserable que no vacilaría en venderlo”. En ese momento aquellas palabras volvieron a su mente, y Romeo fue a buscar al boticario, quien después de algunos fingidos escrúpulos, y en vista de que Romeo le ofrecía oro, metal ante el cual su pobreza no podía ofrecer resistencia, le dio un veneno que una vez ingerido, según le dijo, aunque tuviese el vigor de veinte hombres, velozmente lo despacharía de este mundo.

Provisto de este veneno Romeo partió hacia Verona para contemplar por última vez a Julieta en la tumba, con la intención de, una vez satisfecho este deseo, ingerir la poción y expirar a su lado. Llegó a Verona a medianoche y se dirigió al cementerio, en cuyo centro estaba situado el antiguo mausoleo de los Capuleto. Había conseguido una lámpara, una espada y un azadón, y estaba tratando de forzar la entrada al monumento, cuando fue interrumpido por una voz que con el insulto de “vil Montesco” le ordenaba desistir de aquella profanación. La voz era la del conde Paris, que a esta hora desapacible de la noche había llegado hasta la tumba de Julieta para esparcir flores y llorar sobre la tumba de aquella que habría sido su esposa. Ignoraba Paris qué interés tenía Romeo en la fallecida, pero sabiendo que era un Montesco y, como suponía, enemigo jurado de todos los Capuleto, concluyó que aquella noche había venido a cometer alguna vergonzosa atrocidad contra los cadáveres. Por ello le repitió en tono furioso que desistiera, y como Romeo había sido declarado criminal por las leyes de Verona y condenado a muerte si era encontrado dentro de los muros de la ciudad, dijo que procedería a arrestarlo.

Romeo instó a Paris a que lo dejara en paz, y le advirtió, invocando el destino que había merecido Teobaldo, quien allí yacía sepultado, que no provocara su cólera ni hiciera que cargara sobre sus espaldas con otro pecado, obligándolo a darle muerte. Pero el conde, desdeñoso, menospreció la advertencia y puso las manos sobre Romeo como si fuese un delincuente. Romeo ofreció resistencia, lucharon, y Paris cayó muerto.





Cuando Romeo consiguió ver con la ayuda de la lámpara al hombre al que había dado muerte y descubrió que era Paris, quien debería haber contraído esponsales con Julieta (según se enteró cuando venía de Mantua), tomó de la mano al joven muerto, como alguien a quien la desgracia ha hecho compañero de infortunio, y le dijo que le daría sepultura en una tumba triunfal, es decir en la misma tumba de Julieta, que en aquel momento estaba abriendo...

Allí estaba su amada, como un ser sobre el cual la muerte no tiene poder alguno para cambiar las facciones o la complexión de una belleza sin par; o quizá, como si La Muerte, aquel monstruo abominable, se hubiese enamorado de ella, y la conservase para su deleite. Y es que Julieta se veía tan fresca y lozana como si se hubiese quedado dormida al beber aquella poción amodorrante. Cerca de ella estaba Teobaldo envuelto en su mortaja ensangrentada; al verlo, Romeo le pidió perdón por acabar con sus días, y por amor a Julieta lo llamó su “primo”, y le dijo que estaba a punto de eliminar a quien le había dado muerte. En este punto Romeo se despidió por última vez de su amada, besándole los labios, y liberando su extenuado cuerpo del fardo de un infeliz destino, bebió el veneno que el boticario le había vendido, cuyo efecto era fatal y verdadero, al contrario del engañoso brebaje que su esposa había ingerido, y cuyo efecto estaba a punto de expirar. En efecto, Julieta se aprestaba a volver de su falsa muerte para quejarse de que Romeo no había llegado a tiempo o había llegado demasiado pronto.



Porque había llegado la hora en que el fraile le había prometido que despertaría, y éste, habiendo sido informado por el mensajero que debido a un infortunado atraso no había podido hallar a Romeo, llegaba en ese momento con una lámpara y un azadón para sacar a Julieta de la tumba. Muy sorprendido quedó al ver que ya ardía una luz en el panteón de los Capuleto, y más asombrado al entrar allí y encontrar sangre y espadas, y a Romeo y Paris que yacían exánimes al lado del monumento.



Antes de que pudiera formarse una idea o imaginar cómo habían ocurrido aquellos fatales hechos, Julieta despertó de su trance, y al ver al fraile junto a ella, recordó el sitio en el que estaba y por qué estaba allí, y preguntó por Romeo; pero fray Lorenzo, escuchando un ruido, le pidió que saliese de aquel lugar de muerte y de sueño antinatural, pues un poder mayor, que no podrían contrariar, había frustrado sus planes. Espantado por un rumor de gente que se acercaba, el fraile escapó. En aquel momento Julieta vio el frasco en las manos de su leal amante, y adivinando que el veneno había sido la causa de su muerte, habría querido beber hasta la última gota si alguna hubiera quedado. Besó entonces los labios todavía calientes de Romeo por si en ellos encontraba algún residuo de veneno para morir con él, y al oír ruido de gente que llegaba, rápidamente desenvainó una daga que llevaba consigo y enterrándola en su pecho murió al lado de su amado Romeo.

En aquel momento llegó la guardia. Un paje del conde Paris, que había presenciado la lucha entre su señor y Romeo, había dado la alarma, que empezó a propagarse entre los ciudadanos, los cuales subían y bajaban por las calles de Verona exclamando confusamente “¡Ay, Paris! ¡Ay, Romeo! ¡Ay, Julieta!”, a medida que llegaban hasta ellos los rumores inciertos. Finalmente el tumulto sacó de sus camas a los señores Montesco y Capuleto, y también al príncipe, y fueron todos a investigar las causas de aquel disturbio. Fray Lorenzo había sido apresado por uno de los vigías al salir del cementerio, pues temblaba, suspiraba y lloraba de manera sospechosa. Una gran multitud se reunió en el panteón de los Capuleto, y el príncipe exigió al fraile que dijese cuanto sabía acerca de aquellos acontecimientos extraños y desastrosos.

Y allí, en presencia de los viejos señores Montesco y Capuleto, el fraile relató fielmente la historia del amor fatal de aquellos jóvenes, la parte que él había tenido al propiciar la boda con la esperanza de que aquella unión pusiera fin a las prolongadas querellas entre las dos familias. Reveló cómo Romeo, allí muerto, era el marido de Julieta, y Julieta, allí muerta, era la fiel esposa de Romeo; y contó cómo antes de que él tuviese la oportunidad de divulgar los esponsales, se había arreglado otro casamiento para Julieta, quien para evitar el delito de celebrar un segundo matrimonio, ingirió la poción adormecedora (por consejo suyo), y todos la habían tomado por muerta. Y contó cómo entretanto le había escrito a Romeo para que viniese a llevársela cuando el efecto del brebaje hubiese pasado, y por cuál infortunado contratiempo del mensajero el mensaje nunca le llegó a Romeo. A partir de ese punto el fraile no podría continuar la historia, ni sabía otra cosa más que lo que vio cuando llegó allí para liberar a Julieta de aquel lugar de muerte, y encontró al conde Paris y a Romeo asesinados.

El resto de los acontecimientos fue relatado por el paje que había visto luchar a Paris y a Romeo, y por el sirviente que vino con Romeo, y a quien el leal amante había dejado una carta para ser entregada a su padre en caso de que perdiera la vida. La carta confirmaba las palabras del fraile, pues en ella confesaba Romeo su matrimonio con Julieta, imploraba el perdón de sus padres, revelaba la compra de veneno en la tienda del pobrísimo boticario, y su intención de llegar hasta el mausoleo para morir y así yacer al lado de Julieta. Todas estas circunstancias actuaron conjuntamente para librar a fray Lorenzo de cualquier culpa que le pudiesen imputar en aquella complicada matanza, más allá de las involuntarias consecuencias de sus planes bien intencionados, aunque demasiado artificiosos y arriesgados.

Y el príncipe, volviéndose hacia los viejos señores Montesco y Capuleto, los reprendió por su brutal e irracional enemistad, y les echó en cara el flagelo que el Cielo les había enviado por aquellos pecados, encontrando una manera de castigar aquel odio antinatural por medio del amor de sus hijos. Entonces aquellos antiguos rivales, abjurando de su enemistad, acordaron enterrar su vieja disputa en la tumba de sus hijos. El señor Capuleto extendió la mano al señor Montesco, llamándolo “hermano”, en reconocimiento de la unión de sus familias por el casamiento de Julieta Capuleto con Romeo Montesco, y afirmando que la mano del señor Montesco (en señal de reconciliación) era todo lo que pedía como dote para su hija. Pero el señor Montesco respondió que le daría mucho más que eso, pues mandaría erigir una estatua en oro puro de Julieta, para que mientras Verona se llamase Verona, no existiera ninguna imagen más estimada por su riqueza y la belleza de su trabajo que aquella de la virtuosa y fiel Julieta. A su vez, el señor Capuleto afirmó que mandaría erigir otra estatua de igual esplendor para Romeo.

Así, aquellos pobres ancianos se esforzaban en rivalizar en cortesías recíprocas, ahora que ya era demasiado tarde, mientras que en el pasado su furor y su enemistad habían sido tan ardientes, que sólo la dolorosa desaparición de sus hijos (deplorable sacrificio a sus disputas y desacuerdos) había conseguido poner fin a los arraigados odios y celos entre estas dos nobles familias.



Títulos de la serie LEER ES MI CUENTO



Leer es mi cuento 1

De viva voz

Relatos y poemas para leer juntos

Selección de relatos y poemas de antaño de los Hermanos Grimm, Charles Perrault, Félix María de Samaniego, Rafael Pombo, José Manuel Marroquín, Federico García Lorca, Rubén Darío, Víctor Eduardo Caro.

Leer es mi cuento 2

Con Pombo y platillos

Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3

Puro cuento

Selección de cuentos tradicionales de Hans Christian Andersen, Alexander Pushkin, Joseph Jacobs, Oscar Wilde, los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 4

Barbas, pelos y cenizas

Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5

Canta palabras

Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6

Bosque adentro

Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7

De animales y de niños

Cuentos de María Eastman, Rafael Jaramillo Arango, Gabriela Mercedes Arciniegas Vieira, Santiago Pérez Triana, Rocío Vélez de Piedrahíta.

Leer es mi cuento 8

En la Diestra de Dios Padre

Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9

Ábrete grano pequeño

Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10

El Rey de los topos y su hija

Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11

Los pigmeos

Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12

El pequeño escribiente florentino

Cuentos de Edmundo de Amicis.

Leer es mi cuento 13

Don Quijote de la Mancha

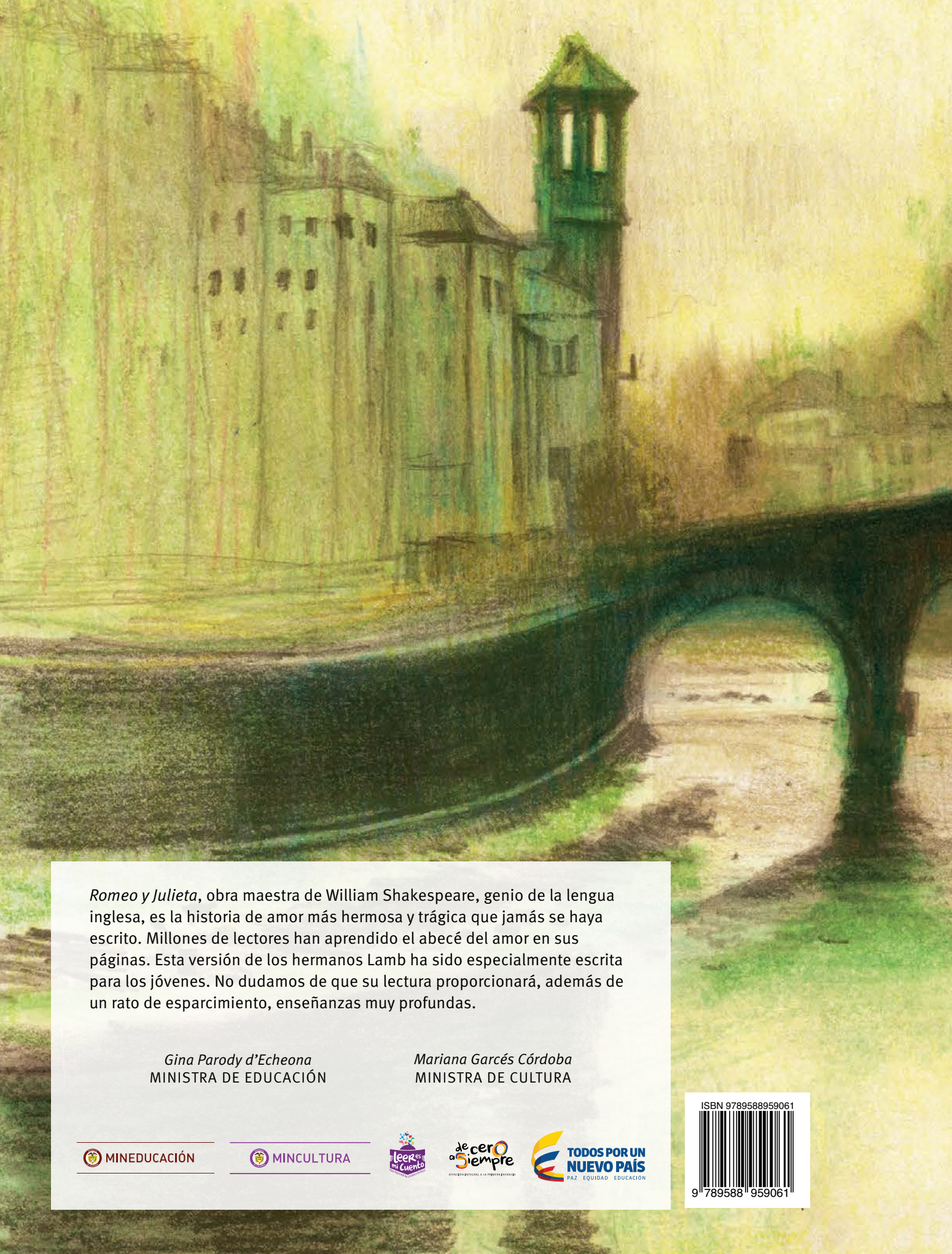
Capítulos I y VIII. Miguel de Cervantes.

Usted puede leer los libros

digitales de esta serie en:

www.maguare.gov.co/leeresmicuento

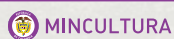
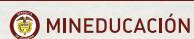




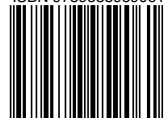
Romeo y Julieta, obra maestra de William Shakespeare, genio de la lengua inglesa, es la historia de amor más hermosa y trágica que jamás se haya escrito. Millones de lectores han aprendido el abecé del amor en sus páginas. Esta versión de los hermanos Lamb ha sido especialmente escrita para los jóvenes. No dudamos de que su lectura proporcionará, además de un rato de esparcimiento, enseñanzas muy profundas.

Gina Parody d'Echeona
MINISTRA DE EDUCACIÓN

Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA



ISBN 9789588959061



9 789588 959061